

Para ello habremos de remontarnos á una fecha en verdad remota, que los historiadores y críticos más prudentes no bajan del año 3000 antes de nuestra era, puesto que de pocos siglos después hay testimonios y pruebas fehacientes por donde consta que la dispersión de la raza estaba ya consumada.

La base de toda la organización de los Aryas en aquellos lejanos tiempos era la familia, sólidamente constituida y en la que cada uno de sus miembros tenía perfectamente marcados su papel y destino propios, según se desprende del sentido radical de los nombres con que eran designados. Daba origen á la familia el matrimonio ó solemne unión del hombre con una sola mujer, pues aún no se conocía entre ellos la poligamia; y ese acto libre y de carácter esencialmente religioso, al que precedían los esponsales, se celebraba tomando el novio en su mano derecha la derecha de su prometida y pronunciando ciertas fórmulas sagradas en presencia del jefe de la familia, á quien incumbían, como luego veremos, las funciones sacerdotales. El padre de la esposa entregaba entonces á su yerno una vaca, que al principio servía para el festín nupcial y que posteriormente constituyó la dote (en sanscrito *godana* ó don de la vaca), viniendo enseguida la conducción de la desposada al hogar del marido en un carro tirado por bueyes blancos, práctica en la que se encuentra la razón de que los Romanos, para expresar la idea de casarse el hombre, se valiesen del circunloquio *ducere uxorem*, conducir á la esposa. En el dintel del nuevo domicilio recibía ésta de manos del marido el agua y el fuego, y una vez dentro parece que también era costumbre que la mujer se bañase y que el esposo le dividiese la cabellera con un dardo. De todas las antedichas ceremonias y formalidades rituales que-

---

lib. VII, cap. 1.º y *Les premiers habitants de l'Europe*, lib. II, cap. 1.º; y las de los españoles Rubió y Ors, *Epítome-programa de Historia universal*, T. I, lec. 8.ª y 11.ª y Sales Ferré, *Compendio de Historia universal*, T. I, cap. 7.º.

daron recuerdos y vestigios en los diversos pueblos descendientes de los Aryas.

Unidos ya por el sagrado vínculo, si el esposo, *pati* en la lengua ariana, era el «amo ó señor» como esa palabra da á entender, ella, *patniâ*, era á su vez el «ama ó señora», y aun cuando quedase desde luego bajo la omnímota potestad marital, servían para templar el rigor de ésta los sentimientos de mútuo afecto, respeto y consideración.

Con respecto á la prole, el mismo nombre de padre (*patâr*, de la raíz *pa*, «proteger»), expresa perfectamente que era su incumbencia velar por los hijos, así como el nombre de madre (*matar*, «da que crea ó da á luz», y también «da que reflexiona y gobierna») indica que á su cargo estaba el cuidado, dirección y orden de todo lo relativo á la marcha interior de la casa. Por su parte el hijo hállase poéticamente designado en los más antiguos himnos de las Vedas con palabras que significan «el que da la alegría», «el que aumenta la felicidad», «el que disipa las penas», siendo igualmente la hija «da que alegra ó da gozo»; y el papel que estaban uno y otra llamados á representar aparece señalado en sus respectivos nombres más comunes de *sunu*, «el que engendra», esto es, el que hará que no falte la descendencia directa, cuya extinción se consideraba como la mayor desgracia, y de *dhughtar*, «da que amamanta», y también «da que guía las vacas, la guardiana de los ganados». Con voces no menos expresivas se indicaba la relación ó vínculo de los hijos entre sí, llamándose el hermano *bhrâtar*, «el que sostiene ó sirve de ayuda», y la hermana *svasar*, «da que es buena y amiga». La palabra *âvuka*, designativa del abuelo y en general de todo ascendiente, encerraba sentido análogo al de «protector» que hemos visto en el nombre de padre, y segundos padres ó padres emparentados eran para la mujer casada el suegro y la suegra (*svakura* y *svakrû*), siendo igualmente de compañerismo y amistad los lazos que unían á cuñados y cuñadas. Si moría el

esposo, la mujer superviviente llamábase viuda (*vidhavâ*, esto es, «separada»); pero no se ha encontrado ningún nombre especial para designar al marido cuya esposa había muerto. Formaban finalmente parte de la familia personas que entraban en ella por la adopción, servidores asalariados y esclavos hechos en la guerra.

Como quiera que no, por casarse el hijo, se emancipaba de la autoridad paterna, tan duradera como la vida, claro es que si bien cada matrimonio daba origen á una familia especial, varias de estas unidas constituían la que Enrique Sumner Maine llama *familia patriarcal*, ó sea, según la definición del mismo (1), «el grupo de descendientes naturales ó adoptivos, unidos por su dependencia al más anciano de los ascendientes vivos, fuese padre, abuelo ó bisabuelo.» Del poder de este, que no tenía limitación alguna y era por todos acatado y respetado, podemos formar entero concepto, pues le hallamos reproducido, ó por mejor decir, conservado en el *paterfamilias* romano.

La muerte del patriarca producía *ipso facto* importantísimas consecuencias. La sociedad de que había sido jefe absoluto dejaba de existir, subdividiéndose en tantos patriarcados cuantos fuesen los hijos del difunto, en cada uno de los cuales respecto á su familia particular é inmediata (esposa, hijos, nueras, nietos, etc.) renacía entera y por igual la autoridad de aquél. No desaparecía, sin embargo, todo vínculo entre las separadas familias, á las que naturalmente ligaba de una parte el parentesco y de otra la comunidad de intereses; y así, todos aquellos que descendían de un mismo antepasado y seguían teniendo los mismos ritos, la misma tumba y la misma hacienda, formaban un nuevo organismo, que por los tratadistas se designa con los varios nombre de *clan*, *sept* ó *familia asociada*.

Resultante el clan del natural desenvolvimiento de la fami-

---

(1) *Etudes sur l'histoire des institutions primitives*, cap. 4.º

lia patriarcal, considerábase como sociedad de hermanos, según lo indica el nombre de *ερατερία* que la agrupación correspondiente llevó entre los Griegos, habiendo subsistido más tarde con poco diferentes caracteres en el Irán, en la India, en Irlanda, en Escocia y entre los Eslavos. En la dirección y gobierno de este cuerpo social tenían natural intervención los patriarcas de las familias unidas, quienes para el mejor régimen, cuidado y administración de los intereses comunes, reconocían como jefe superior á uno de entre ellos, por lo general el varón primogénito de la familia más antigua, ó sea el que á menor distancia se hallase del antepasado común, y á su lado constituían aquellos la asamblea ó consejo de ancianos, con acuerdo del cual debía proceder el jefe en todos los asuntos de alguna importancia.

Desarrollándose á su vez el clan, dió origen á la tribu, grupo social el más extenso y comprensivo de cuantos con carácter definido y permanente existieron entre los antiguos Aryas. Los individuos que formaban la tribu, de igual manera que los del clan, creíanse todos descendientes de un mismo progenitor, siquiera ninguno de ellos le hubiera conocido, y en ella había también un jefe y un consejo de ancianos. Vese, pues, que el parentesco sirvió de primera base para la constitución de las tribus, como en general puede afirmarse que fué el fundamento y lazo más antiguo de todas las comunidades humanas (1); mas, debilitándose ese vínculo con el transcurso del tiempo, fué reemplazado por el territorial, ó sea el del suelo que unidos ocupaban sus miembros, resultando de ello más tarde la conversión de muchas tribus en otro organismo social, al que se ha llamado *comunidad de pueblo*.

Quizás también entre los mismos Aryas, aun antes de separarse, existió en ocasiones temporalmente la alianza ó con-

---

(1) Sumner Maine; obra citada, cap. 3.º

federación de varias tribus para fines particulares y el reconocimiento por ellas de un jefe supremo ó rey, llamado *rágan* ó *rág*, «el que gobierna y el que brilla» (de donde el *radja* indio, el *rex* latino y el *reiks* gótico), ó bien *bharatha*, «el que sostiene» (de donde el gallo *brennos* y el anglosajón *beorn*); pero, á mi juicio, los expresados nombres, así como el de *rágia* designativo del territorio en que aquel ejercía su autoridad, y el de *racta* que se daba á sus decretos, no tenían por punto general valor sino dentro de la tribu y con relación á cada una de ellas, habiendo sido la monarquía propiamente tal, esto es, como institución política de una sociedad superior (ciudad, pueblo ó nación), propia de tiempos posteriores al fraccionamiento y dispersión de la raza, cuando sus ramales hallaron ya definitivo asiento.

Al expresado jefe ó rey, cualquiera que fuese la extensión del grupo social sobre que recayese su poder, incumbía además del gobierno interior, político y administrativo, la facultad de declarar la guerra, y en ésta la dirección de la campaña y el mando personal de los combatientes, que probablemente serían cuantos tuviesen aptitud para llevar las armas, según después se observa en las naciones todas oriundas de aquella raza, hasta el punto de no existir en ellas, como es sabido, verdadera distinción entre pueblo y ejército: correspondíale igualmente la administración de justicia, siendo digno de notarse en este punto que sin duda alguna tuvo origen desde aquellas remotas edades la práctica de lo que después fué en Europa la ordalia germánica ó *juicio de Dios* como medio probatorio en los asuntos litigiosos, por cuanto que el Código de Manú y los poemas indios consignan y describen las llamadas pruebas del fuego y del agua en idéntica forma que aquí se verificaron durante los siglos medios, y un pasaje de la *Antígona* de Sófocles indica que fueron también empleadas por los griegos de los primeros tiempos.

Por completamente cierto se tiene que los Aryas, nuestros

progenitores, en su morada asiática conocían la propiedad, de la que eran principal objeto rebaños de ganado y en general diversas clases de animales domésticos. Ocupaba el más importante lugar entre éstos la vaca, según lo indica por una parte la multitud de nombres designativos todos de la especie, que contenía el idioma, habiéndolo distinto para la vaca de leche y para la estéril, para el buey, para el toro y para el ternero, y por otra la intervención que á tan útil rumiante se daba en los más solemnes actos de la vida y el hecho de que simbolizase las ideas de riqueza y honor en tal manera, que vacas celestes eran para ellos las nubes fecundizadoras de la tierra, vaca de la abundancia llamaban á la tierra misma, y hasta en los astros sin número que pueblan el firmamento, veían un luminoso rebaño de vacas con el Sol por toro. Poseían asimismo piaras de cabras y de machos, de ovejas y de corderos, de puercos (animal probablemente el menos apreciado, pues no había para él más que un solo nombre comprensivo de los dos sexos), caballos, perros y, como aves domésticas, los ánades ó gansos. El suelo proveía de abundante alimento para los ganados que eran llevados á pastar á los parajes convenientes y encerrados de noche en parques y establos, pudiendo desde luego asegurarse que la vida pastoril fué la predominante entre los primitivos Aryas.

De la vaca, de la cabra y probablemente de la oveja ordeñaban éstos la leche, base quizás principal ó, por lo menos, muy importante de su comida, aunque también se alimentasen con la carne de los animales, ora cocida al fuego, ora asada sobre las brasas, y no les fuese desconocida la condimentación de ciertos caldos, potajes ó guisos, á que llamaban *yúsa*, de la raíz *yu*, «mezclar». En cambio es de creer que la caza ocupaba muy secundario lugar en su alimentación, porque de un sólo animal entre los que suelen ser objeto de ese ejercicio, la liebre, se ha encontrado nombre particular en la lengua ariana.

Aunque muy rudimentariamente todavía, comenzaban tam-

bién nuestros antepasados á ejercitarse en la agricultura, removiendo la tierra, para confiarle la simiente, por medio de un instrumento cuyo nombre envuelve la idea de desgarrar y que parece debía ser una especie de rastrillo; pero sin que se sepa con firmeza en qué consistía ni conste que llegasen á manejar el arado. Aparte de ese instrumento conocían la hoz de segar, y aunque hasta después de haberse separado no tomó grande incremento, sobre todo en los ramales que emigraron hacia Occidente, el cultivo del campo, sacaron ya de éste algunos elementos nuevos de bienestar, ensanchando la esfera de su alimentación, puesto que aparece que sabían separar el grano, probablemente trigo, de la paja, moler aquél y hacer con la harina una especie de torta. La miel de las abejas, que también conocieron, fué desde muy temprano empleada como base de una bebida fermentada, de uso bastante anterior al del vino.

Para las faenas agrícolas, transportes y otros usos servíanse de sus mismos animales domésticos, especialmente bueyes y caballos, que puestos bajo el yugo, tiraban de carros montados sobre ruedas: de que conociesen y practicasen la equitación, poco generalizada todavía en la época á que se refieren los poemas homéricos, no hay indicio alguno.

De vida más sedentaria que nómada, toda vez que agricultores y pastores podían disponer de tierras fértiles y de abundantes pastos, poseían moradas fijas, y la Filología demuestra que éstas no eran cavernas ni tiendas, sino verdaderas casas, de madera en gran parte, con postes sobre los que descansaba el techo, con la correspondiente puerta de entrada, con el hogar en el centro, en derredor del cual se hallaban los asientos de los miembros de la familia, y rodeada cada una de ellas de un cercado, huerto ó patio, dentro de cuyos límites probablemente se abría la tumba destinada á ir recogiendo sucesivamente en su seno los despojos mortales de los moradores, objeto, como después veremos, para los supervivientes

de singular respeto y veneración. Las expresadas casas agrupábanse en los parajes convenientes formando á modo de aldeas y aun á veces pequeñas ciudades, que por medio de ciertas obras de fortificación se procuraba poner al abrigo de cualquier acometida hostil.

Hogar y tumba, mesa, utensilios y enseres, ganados y tierras de pasto y de labor constituían en conjunto la propiedad, que era colectiva é indivisible sin restricción alguna en la familia patriarcal, colectiva con las indispensables limitaciones originadas de su mayor extensión en el clan ó familia asociada, y que aun en la tribu seguía teniendo este mismo carácter, la territorial al menos, si es que no se hacían también dentro de ese organismo las comidas en común, como en Grecia mucho más tarde lo prescribía la ley para los Espartanos. Que tal debió de ser la organización de la propiedad entre nuestros abuelos, indícanlo claramente los vestigios que en tiempos ya plenamente históricos conservaban de ella las diversas naciones de procedencia ariana, no obstante el natural desarrollo producido por las exigencias de lugar y tiempo, vestigios que aún subsisten en la *familia asociada* ó *troncal* de la India, en las *comunidades domésticas* de Servia, Croacia, Dalmacia é Iliria y en las *comunidades rurales* de Rusia, pudiendo también considerarse como restos de la misma los *bienes comunales* que tan hondas raíces han tenido en todos los pueblos indo-europeos.

Si, pues, en ninguna de las agrupaciones sociales dejó de ser la propiedad eminentemente colectiva, de modo que á los jefes de aquéllas sólo tocaba administrar lo que pertenecía á todos los miembros, claro es que ni fué ni pudo ser conocido el testamento, ni se celebraban más contratos que el cambio, para el cual servía el ganado de principal instrumento, explicándose así que cuando entre los Romanos se introdujo el uso del dinero, el nombre de éste se tomó del ganado, *pecunia*, de *pecus*.

Sábese por otra parte que los Aryas no iban desnudos, como aún en nuestros días van muchas tribus salvajes, ni sólo cubiertos de pieles, por más que indudablemente no dejarían de utilizarlas para resguardar sus cuerpos del frío, de la lluvia y de la nieve: los estudios lingüísticos han revelado que era entre ellos conocido el arte de hilar la lana con el huso y el de tejerla luego, fabricando telas de que hacían túnicas y mantos; que cubrían la cabeza con una especie de bonete y calzaban los pies con zapatos provistos de suela; que eran, finalmente, aficionados á adornarse, instinto común á todas las razas, y que á ese fin usaban de cinturones, collares, brazaletes y anillos, entrando en la construcción de estos objetos los metales, tres principalmente, el oro, la plata y el cobre, cuyos respectivos nombres (*gharta*, *arganta* y *raudha*) significan «el que es amarillo», «el que es blanco» y «el que es rojo».

A la vez que el último debieron conocer el estaño, por cuanto que de la aleación de ambos resulta el bronce, que tanta importancia tuvo en la antigüedad. También, según Pictet, conocieron el hierro; pero aun siendo así, no parece que supieran fundirlo ni convertirlo en acero, quedando por tanto inaplicable á la fabricación de armas é instrumentos y utilizándose á lo más, como el oro y la plata, en objetos de adorno.

Ejercitábanse además los Aryas en hacer de madera ó de barro fuentes, ollas y vasijas de varias clases, á veces provistas de asas; habiendo llamado en este punto la atención de los filólogos y críticos el hecho de que el nombre *kumbha* que se daba á algunos de aquellos vasos, es el mismo que tenía el cráneo humano, lo cual indica que el uso generalizado entre los Galos y Germanos europeos de beber en el cráneo de los enemigos muertos por ellos en los combates, traía su origen de aquellas remotas edades.

Tampoco debió serles completamente desconocida la na-

vegación, medio que es probable utilizasen para atravesar las grandes corrientes de agua, como la del Oxus, para la pesca, y tal vez para trasladarse de un punto á otro no muy lejano en las vecinas costas del mar Caspio. Su idioma, en efecto, posee la voz *nau*, «nave», siquiera ésta no fuese más que un débil esquife ó algún grueso tronco de árbol convenientemente ahuecado, y otra designativa de los remos; pero seguramente no llegaron entonces á usar de mástiles, velas ni timón, objetos para los que cada lengua de la familia tiene nombres particulares.

En manera alguna ha de creerse que la existencia de nuestros progenitores asiáticos se deslizaba siempre tranquila y apacible, consagrada á las faenas pastoriles y agrícolas ó á los demás ejercicios é industrias de que hemos dado sumaria cuenta. Muy frecuentemente por el contrario, y ya de ello han podido advertirse en lo expuesto algunos indicios, vendría á turbarla el fiero azote de la guerra y se producirían sangrientos combates, ora entre las tribus hermanas, ora con enemigos de otra raza, probablemente Turanios, con quienes por diversos puntos colindaban. Así lo dan á entender las palabras que en su reconstituída lengua se hallan para designar, bien á los enemigos, la guerra en general y la acción de batirse, bien las armas defensivas y ofensivas de que usaban, escudos, lanzas, dardos y flechas, sirviéndose para disparar estas últimas del arco mantenido en tensión por medio de una cuerda, que probablemente se sacaría de los nervios de los animales, pues el vocablo respectivo significa además nervio ó tendón: hasta ahora es dudoso que hubiesen conocido también y manejado la espada antes de separarse. Con fundamento, pues, ha podido afirmar un doctísimo profesor español hablando de los Aryas, que «el vigor de expansión que ha dispersado á este pueblo por todo el globo, la superioridad que ha adquirido y mantenido sobre todas las otras razas, el ardor de empresa y el espíritu de heroísmo que no ha cesado

de animar á sus descendientes, son consecuencia de ese desarrollo precoz y poderoso de las virtudes guerreras». (1)

Cuanto hasta ahora he tenido el honor de exponer se refiere á la civilización material de los Aryas: quédame decir algo respecto á su cultura religiosa, moral é intelectual.

Numerosos y profundos trabajos de investigación y de crítica se han realizado acerca de la religión que profesara aquella antigua familia, religión que desde luego debe ser considerada como la base y punto de partida de todas las mitologías de los pueblos indo-europeos, en los cuales, mediante el particular desarrollo debido á las circunstancias que rodearon á cada uno de ellos, una misma doctrina primitiva dió origen á tan distintos y aun opuestos sistemas como el panteísmo indio, el dualismo iranio, el antropomorfismo greco-romano, el druidismo céltico y las creencias y prácticas idolátricas más ó menos naturalistas y sanguinarias de Germanos, Eslavos, etc.

Ni la índole de este discurso, ni sus límites que ya van excediendo á mis propósitos, me permiten entrar de lleno en las arduas, complejas y delicadas cuestiones que sobre tan interesante materia se han suscitado, y á las que se ha dado soluciones muy diversas según el distinto criterio con que se ha procedido en su estudio. Habré, por tanto, de limitarme á indicar lo que generalmente como más cierto se reputa sobre el estado y alcance de las creencias de nuestros abuelos en los tiempos inmediatamente anteriores á su separación, prescindiendo de antecedentes y de ulteriores desenvolvimientos.

Creían los Aryas en la existencia de seres inmortales, cuyo nombre genérico era *daiya* ó *deva*, derivado de *diu*, el cielo ó la luz, lo cual ya muestra el carácter naturalista de celestes ó luminosos con que se les concebía, corroborándolo el hecho de que al frente de ellos y como supremo estaba el dios por

---

(1) Sales y Ferré: *Compendio de Historia universal*, T. I, pág. 246.

excelencia del cielo y de la luz, el Cielo-padre, *Diaus-patar* (*Dyaush-pitar* de los Indios, Ζεύς-πατήρ de los Griegos, *Dies-piter* ó *Jupiter* de los Romanos), de quien los devas eran en cierto modo considerados como la progenie. Entre estos figuraban personificaciones de algunos de los atributos de la divinidad y de aquellas fuerzas ó fenómenos de la naturaleza en que la mismo celeste divinidad principalmente se manifestaba; tales como: *Varuna*, el cielo ó el océano celeste (Οὐρανός en griego, *Uranus* en latín); *Suryâ*, el sol (Ἡλιός); *Uscha*, la aurora (Ἑώς, *Ostara* de los Germanos); *Agni*, el elemento ígneo, el fuego como principio de vida (Ἡφαίστος, *Vesta*); *Parthivi-mûtar*, la tierra madre (Δημήτηρ, *Ops* ó *Telus-mater*, *Hertha* de los Germanos, *Mahte* de los Lituianos); *Iris*, la medianera y mensajera entre los hombres y los dioses, etc. Acompañaba y, por decirlo así, envolvía estas creencias una rica mitología ó colección de historias dramáticas, en que la imaginación eminentemente personificadora y poética de nuestra raza hacía figurar como actores á esos y otros seres análogos, suponiéndoles vida y hechos semejantes á los de los hombres.

La escasa cultura científica que los Aryas alcanzaron, no permitió que, á semejanza de otros pueblos contemporáneos más adelantados; se elevasen á concepciones astronómicas sobre las que edificaran su sistema religioso: fueron, pues, los fenómenos puramente atmosféricos los que hirieron con más viveza su fantasía, y en particular aquellos que parecen revelar antagonismo y lucha en que los elementos combatientes resultan alternativamente vencedores y vencidos; como las tinieblas de la noche enseñoreándose del mundo, hasta que son disipadas por la claridad del nuevo día, ó las negras y preñadas nubes interceptando los rayos solares, que al cabo logran abrirse paso á través de ellas, deshaciéndolas, y vuelven á lucir más puros y esplendentes. Y como luchas análogas veían á la vez desarrollarse en otra esfera entre el bien y el mal, asimilaron las unas á las otras y las simbolizaron en algu-

nos de los indicados mitos, que hallamos después reproducidos bajo forma particular y propia en las tradiciones, leyendas ó fábulas con que se formó el rico arsenal poético-religioso de los diversos pueblos pertenecientes á la familia ariana. Tal es el valor y significación que tienen, por ejemplo, el combate de Indra, «el luminoso,» contra Vritra, «el tenebroso», que se canta en los antiguos himnos sagrados de los Indios; el de Júpiter contra los Titanes ó el de Apolo contra la mortífera serpiente Pithón, de que hacen mención las fábulas griegas; el de Hércules contra Caco, á que aluden las antiguas tradiciones itálicas; el del dios Thor, personificación de la guerra, contra la serpiente Hidogur á la que con su maza de hierro matará en los últimos días del mundo, según las viejas creencias de los Germanos, y sobre todo, el que incesantemente con poder igual y auxiliados por numerosísimas falanges de espíritus servidores libran Ahura-Mazda y Angro-Mainyus (Ormuzd y Ahriman en la moderna lengua de los persas), ó sean el bueno y el mal principio, conforme al sistema religioso de los Iranios atribuído á Zoroastro, hallándose también vestigios de creencias análogas en las dos divinidades, blanca y negra, que adoraban algunas antiguas tribus eslavas.

Además y por bajo de los devas admitían los Aryas la existencia de innumerables espíritus ó genios, bienhechores y amigos del hombre los unos, maléficos y enemigos los otros, á quienes respectivamente atribuían cuanto para ellos resultaba beneficioso ó perjudicial, pero cuyo origen, por sobrepasar el limitado alcance de su inteligencia, no podían explicarse de una manera natural y satisfactoria. Y para atraerse la benevolencia y protección de los primeros ó alejar de sí el pernicioso influjo de los segundos, y hacerse á la vez partícipes de su poder, que creían transmisible, idearon y ponían en práctica ciertos supuestos conjuros y ceremonias supersticiosas, que constituyeron la llamada magia en sus dos formas de blanca y negra.

Fu  también creencia característica de aquellos nuestros antepasados,   la que largo tiempo permanecieron fieles todos sus descendientes, la de la supervivencia del alma después de la muerte, pudiendo asegurarse con Fustel de Coulanges (1) que por alto que nos remontemos en la historia de la raza indo-europea, no se ve que jams haya ésta pensado que todo hubiese concluido para el hombre después de su corta vida. Las más antiguas generaciones, añade ese erudito escritor, antes que en ellas hubiera filósofos, creyeron en una segunda existencia después de ésta y juzgaban la muerte, no como una disolución del ser, sino como un simple cambio de vida. Mas para aquellas gentes esa segunda existencia se desarrollaba dentro de la tumba misma y estaba sujeta   iguales   análogas necesidades que la terrenal; así es que se llevaban como ofrendas   los muertos manjares y bebidas y, al verificarse el sepelio, se enterraban juntamente con el cadáver sus vestidos, sus armas y sus joyas y   veces animales y aun esclavos, á fin de que continuasen sirviéndoles, como antes lo habían hecho. Falta, en verdad, testimonios   pruebas directas de que así sucediese entre los primitivos Aryas; pero es de ello muy vehemente indicio la persistencia que en todos los pueblos de su raza tuvieron tales prácticas, no obstante la desaparición   cambio radical de las creencias que les habían dado origen, viéndose rigurosamente observadas tanto por los Indios, aun después de formar la doctrina de la transmigración parte integrante de su peculiar sistema religioso, como por los Griegos en el apogeo de su cultura, y lo mismo en los solemnes funerales de Julio Cesar, que al dar sepultura los Visigodos   su jefe Alarico en el momentáneamente desecado lecho del Busento. Y aun cuando las sublimes doctrinas del cristianismo, donde quiera que han ejercido su purificador influjo, destruyeron al fin aquellas y tantas otras absurdas supersticiones,

(1) *La Cit  antique*; cap. 1. , pág. 5.

todavía entre nosotros mismos las inscripciones sepulcrales sífelen decir que *alli descansa* el difunto, y no ha podido ser por completo desterrada del lenguaje, á pesar de su sentido anticristiano, la fórmula romana de *séale la tierra ligera*; expresiones una y otra que responden á la antiquísima idea de que el muerto seguía viviendo dentro de su tumba.

Iba unida á tal creencia la de que los difuntos, á semejanza de los espíritus ó genios de que hablé antes, podían influir eficazmente sobre los destinos de los vivos, conservándoles la salud ú originándoles enfermedades, fertilizando ó esterilizando sus campos, multiplicando ó destruyendo sus ganados y llevando, en fin, á sus ánimos la tranquilidad y la alegría ó la inquietud y el terror. Con atribuirles, pues, semejante poder, llegaron á considerarlos como dioses (*dii manes* les llamaban los Romanos); y de ahí el profundo respeto y veneración que les tenían y las oblaiones, sacrificios y ceremonias rituales con que los honraban, constitutivos de un culto especial, el de los muertos, que sólo podían tributar á éstos sus parientes, estando rigurosamente prohibida la asistencia de toda persona extraña.

Con este culto de los muertos tenía íntima relación otro, privativo también de cada familia, el del fuego del hogar, día y noche encendido, cuya conservación debía procurarse con el más exquisito esmero, y al cual consideraban como una especie de divinidad viva y siempre presente, tutelar de la familia y símbolo á la vez de ella, objeto en todas ocasiones de sus reverencias y de sus más fervientes preces.

Además de esos cultos privados y aun secretos que se celebraban dentro del recinto doméstico, había el público que se tributaba á los devas, no en el interior de edificios cerrados, sino al aire libre, como estuvieron luego los primitivos altares de los Indios, los del fuego de los Iranios, los más antiguos de los Griegos y de los Etruscos, los de los Drúidas célticos y los de los Germanos mientras fueron idólatras.

Para ello escogían nuestros abuelos lugar á propósito sobre una altura fácilmente divisible de lejos, y allí separaban y demarcaban un recinto, probablemente circular, que desde luego quedaba consagrado como templo (*τέμενος* en griego, de *τέμνειν*, cortar, separar): en su centro erigían un sencillo altar de cesped ó de piedra, y encima de él se hacinaba la leña necesaria. Cuando estaba ya todo dispuesto, producíase el fuego, conforme á los ritos, por medio del rápido frotamiento de dos maderos muy secos, y sobre la llama de la sagrada hoguera se derramaba el *soma*, bebida fermentada que adquirió el caracter de brevahe divino, y se depositaban las ofrendas, manteca purificada, leche, tortas, etc., á fin de que fuesen consumidas; á veces, no siempre, era inmolada alguna víctima, (oveja, cabra, vaca y muy principalmente el caballo), cuyas grasas y carnes se quemaban también sobre el altar; y entre tanto el pueblo congregado alrededor, con la rodilla en tierra y los brazos extendidos, dirigía á la divinidad improvisadas preces, ó bien cantaba los himnos tradicionales ó expresamente compuestos para el acto.

No hubo entre los Aryas un cuerpo especial de sacerdotes, intermediarios de los mortales para con los inmortales ó encargados de dirigir las ceremonias y solemnidades del culto: en el privado del hogar y de los muertos desempeñaba tales funciones, por derecho propio é inseparable de su condición y omnimoda autoridad, el padre ó patriarca de cada familia, y en el público, también por propio derecho inherente á su poder, el jefe de la tribu ó agrupación correspondiente.

Además de las implícitamente contenidas en las creencias y doctrinas religiosas de que hemos hecho mérito, tenían los antepasados de nuestra raza otras ideas morales, según lo dan á entender las palabras de su idioma originario significativas de gloria, amistad, crimen, castigo, vergüenza, etc., pudiendo afirmarse con D'Arbois de Jubainville (1) que poseían todas las que son base de la sociedad.

Muy inferior sin duda fué el grado que alcanzaron de cultura intelectual. En lo que á ciencias se refiere, poseyeron la numeración decimal, nacida probablemente de la costumbre de contar por los dedos, alcanzando en ella hasta las centenas; conocieron la manera de producirse algunos fenómenos naturales; aplicaban para la curación de las enfermedades ciertos remedios empíricos, mezclados con supersticiosas fórmulas y conjuros mágicos, y dividían el año en tres estaciones y doce meses, siendo aquellas invierno, primavera y estío, las que, según ya indiqué, más se marcan en la región que les sirvió de cuna, y teniendo éstos igual duración que las revoluciones lunares, de las cuales los tomaron, en términos que un sólo nombre designaba á la vez el mes y la luna. Tocante á la esfera del arte, parece que hubieron de limitarse á la poética composición y canto de sus himnos religiosos.

---

Para no dilatar más de lo conveniente este desaliñado trabajo, habré de ser muy breve en su última parte, ó sea la relativa al fraccionamiento y dispersión de la raza ariana.

Según los indicios que estimo más probables, la primera y principal división de la misma se realizó dentro de la Bactriana entre las tribus orientales y las occidentales, quedando así el pueblo partido en dos mitades: una que no había de abandonar jamás el continente asiático, pues sus futuros movimientos se dirigieron hacia el Mediodía; y otra que, al decidirse posteriormente á abandonar la patria, halló más fácil salida hacia el O. y vino en último término á poblar y dominar la Europa. La primera subdividióse después, separándose las tribus del S. E. de las del N. E. para ser respectivamente conquistadoras de la India ó dominadoras defi-

---

(1) Les premiers habitants de l'Europe, pág. 133.

nitivas del Irán, si bien unas y otras conservaron siempre el nombre de Aryas: la segunda se fraccionó en mayor número de ramales, todos los cuales olvidaron desde temprano aquella designación étnica. De aquí que al conjunto de individuos pertenecientes al grupo oriental se le llame Indo-iranios ó Aryas propiamente dichos, mientras que á los del grupo occidental se les distingue con el nombre de Europeos, por su destino, ó bien con el de *Javanas*, «jóvenes», usado en las leyes de Manú y en el Ramayana y que se identifica con el del hijo de Jafet llamado Javan en la Sagrada Escritura, así como también con el de Ἰάσωνες ó Ἰάσωνες que llevó un día la familia helénica de los Jonios.

En suponer y admitir estas divisiones generales como antecedente y base de todos los posteriores movimientos de la raza ariana, y en que los primeros en abandonar la patria común fueron los Europeos ó Javanas, muéstranse de acuerdo muchos de los modernos historiadores y críticos, siquiera luego disientan respecto al modo y forma con que se verificó la dispersión y á los caminos seguidos en las emigraciones.

Apártase, sin embargo, por completo de cuanto llevamos expuesto la teoría sustentada por Ujfalvy de Mezö-Kövesd en su obra *Las emigraciones de los pueblos y particularmente la de los Turanios*. Según este orientalista y profesor francés de origen húngaro, la raza ariana partió unida de su primitiva morada, que él pone en el Himalaya, después que ya Chamitas y Semitas habían también abandonado las próximas regiones de la meseta central del Asia, cuna de toda la humanidad, habiéndose desprendido antes de su salida ó desde muy temprano un ramal ó grupo, el cual, sin más que descender por las vertientes de la expresada cordillera, se extendió por las llanuras del Indostán: la masa general siguió entre tanto su ruta hacia el O., hasta que cerca de Herat se separó otro gran grupo, el de los Eslavos, quienes ocuparon por entonces las comarcas próximas al lago Aral; más tarde, junto

al lago de Urmia, se separaron á su vez los Germanos para dirigirse al N., franqueando los desfiladeros del Cáucaso, donde dejaron una fracción, los Ossetas, como habían dejado otra en Asia, los Persas, y yendo á instalarse sobre las riberas del mar Negro hasta los Carpathos; finalmente, en el centro del Asia Menor y no lejos de las fuentes del Kyzil se desprendieron los Celtas, que marcharon hacia el N. O., atravesaron el Bósforo y se fijaron cerca de los Carpathos, mientras los restantes, ó se quedaban por el momento en aquella península, como los futuros Latinos, ó invadían en parte, como los Helenos, las comarcas que habían de ocupar en definitiva (1).

Estimo en general inaceptable la anterior hipótesis respecto á la primera parte de la emigración ariana hasta la que su autor llama «estación intermediaria de la Biblia», ya por lo tocante al punto de partida, que aunque próximo, no es el que, según hemos visto, reúne mayores probabilidades de haber servido de patria común á nuestra raza, ya en cuanto al orden sucesivo de separación de los ramales, que contradice la general creencia de que Indios é Iranios, por la mayor afinidad de sus lenguas y cultura, debieron permanecer juntos bastante tiempo todavía después de la marcha de los Javanas ó Europeos, ya finalmente en cuanto á la peregrina afirmación de ser los Persas un resto de los Germanos, y también al punto por donde supone que estos últimos penetraron en Europa.

Tampoco creo admisible en su totalidad, aunque para mí sea muy digna de respeto, la doctrina con verdadero lujo de erudición desarrollada por D'Arbois de Jubainville en su obra, ya varias veces citada, *Los primeros habitantes de Europa*. Establecida por este ilustre escritor la primera gran división de la familia indo-europea, que se llevó á cabo dentro de su más antigua morada, cuyos confines ensancha, afirmando con Fick que se extendía «entre las montañas que forman el límite

---

(1) *Les migrations des peuples et particulièrement celle des Touraniens*, pag. 185 y 186.

N. O. de la India, el límite O. de la China y el límite E. de la Rusia europea» (1), supone que el pueblo europeo (la fracción occidental) habitó las faldas ó vertientes del Ural, mientras el de los propiamente Aryas (la fracción oriental), al que separaban definitivamente del anterior las estepas del Turquestán ocupadas ya quizás por los Turanios, permaneció en las vertientes occidentales del Bolor y en las septentrionales del Indo-Kusch, y más tarde, sin dejar de ocupar aquella su primitiva cuna, habiendo traspasado la última cordillera nombrada, se extendió en la misma latitud hasta las costas meridionales del mar Caspio. Llegó un día, añade, en que á su vez este pueblo se dividió en dos, uno de los cuales, dirigiéndose al E., penetró en la cuenca del Indo, de allí poco á poco avanzó hasta la del Ganges, se extendió por ella y luego por la península situada al S. de este gran río, completando así la conquista de la India, en tanto que el otro, sin dejar de ser dueño de una parte al menos de los valles del Oxus y del Yaxartes, se apoderó de todo el Irán, reemplazando á los Fenicios sobre los márgenes del golfo Pérsico y aun invadiendo transitoriamente la Mesopotamia. Con estos movimientos, que juzga probablemente realizados hacia el año 2500 antes de J. C., coincidió, en su opinión, el que los Europeos, especialmente caracterizados ahora por el mayor desarrollo de la agricultura respecto á la cría de animales domésticos y por haberse complicado algún tanto su organización política, atravesasen el Ural y el Volga y viniesen á fijarse, próximamente hacia el año 2000, en el centro de nuestro continente, entre el mar Báltico al N., el Rhin al O., el Danubio al S., y el Dniester al E. (2). La Europa, á su llegada, hallábase en general ocupada por una población salvaje, probablemente de raza fínica, habitante de las cavernas, á la que parecen referirse los Cíclopes de las leyendas griegas, y que se distinguía por no

(1) Libro 2.º, cap. 1.º, p. 134.

(2) Ibid.

tener ni casas, ni arados, ni caballos, ni marina, ni metales, ni tejidos; esta población fué rechazada hacia el N. por la invasión de nuestros progenitores (1). Compartíase el resto del continente, sobre todo su parte meridional, entre dos grandes imperios: al O. el de los Iberos, procedentes en su opinión, según ya vimos, de la legendaria Atlántida (2), y al E. el de los Pelasgo-Tursanos, que habían venido del Asia Menor y pertenecían al tronco chamita (3). Estas dos razas, que sostenían entre sí frecuentes luchas, no tardaron en verse atacadas por la de los Europeos últimamente llegados, sus conquistadores y dominadores en definitiva, quienes, no formando al venir más que un solo pueblo, diversificáronse aquí paulatinamente, hasta producir los tres principales grupos ó ramales de los Tracio-Ilirio-Lígures, de los Greco-Italo-Celtas y de los Eslavo-Germanos. (4)

Respecto á lo que en esta teoría se dice sobre los movimientos y conquistas del grupo oriental ó pueblo de los Aryas propiamente dichos, Indios é Iranios, solamente repararé que, según de las inscripciones asirias resulta, si la ocupación por los últimos de las comarcas occidentales de la meseta del Irán próximas á la cuenca del Tigris se realizó ya en aquella remota época, no fué entonces definitiva. Por lo que al grupo occidental ó de los Europeos se refiere, hallo poco probable su entrada en nuestro continente á través del Ural y del Volga formando un sólo pueblo, y me parece más verosímil que sus interiores subdivisiones comenzaran á marcarse desde que moraban en la Bactriana y que, determinada ó influida por ellas, su emigración no fuese simultánea, sino sucesiva, lenta

(1) Libro 1.º, cap. 1.º y *passim*.

(2) Libro 1.º, cap. 3.º y *passim*. Dice, sin embargo, en el cap. *Resumen* de la obra, pág. 272 y 273, aclarando ó modificando sus anteriores indicaciones, que según una opinión muy aceptable de M. A. Maury, la Atlántida sería la región del Atlas, ó sea la parte N.O. de África, incluidas tal vez las islas situadas en el Océano cerca de las costas de esa comarca, á donde los Iberos, originarios de Asia, habrían llegado cuatro mil ó cinco mil años antes de nuestra Era.

(3) Libro 1.º, caps. 4.º y 5.º y *passim*.

(4) Libro 2.º, cap. 3.º y *passim*.